

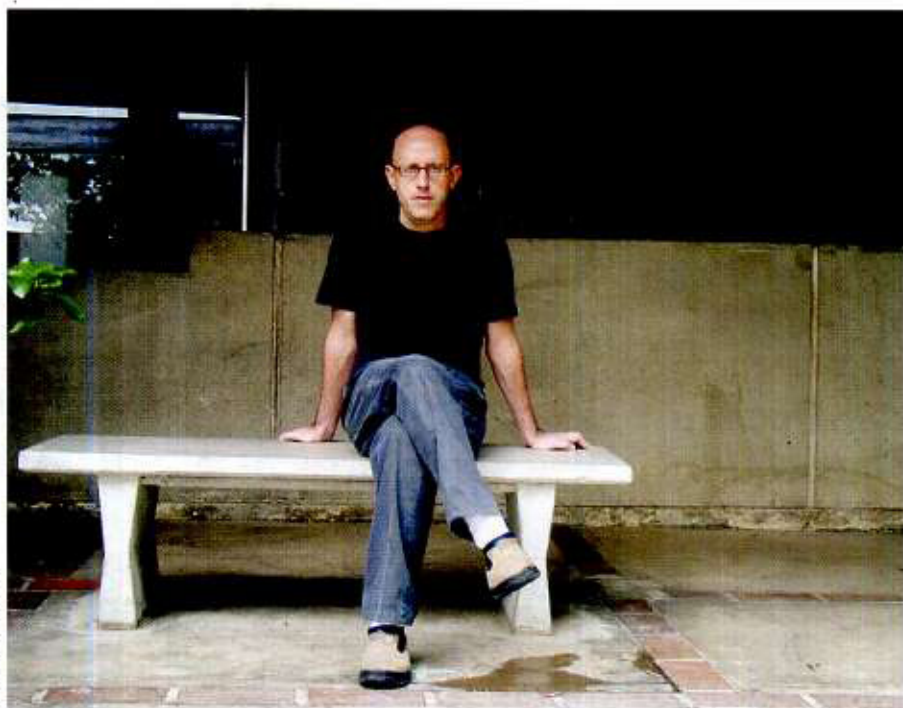
Fernando Molle

Del libro
(Vox)

Viajar a la España del siglo diecisiete. Entrar en sus moldes, en sus metros, en sus figuras. Quedarse ahí, escuchando, poniendo la oreja. Luego escribir. Ésos son los pasos que Fernando Molle (Buenos Aires, 1968), abrevando en el procedimiento de Menard (el del anacronismo deliberado), parece haber seguido en la escritura de los poemas que componen *Del libro*. Escribir como Gracián, como Quevedo, pero en 2008. Volver al artificio, a la agudeza, al arte del ingenio. Acostumbrarse a respirar en endecasílabos, elidir, invertir el orden sintáctico, *deformar*. En suma, hacer con el modelo del conceptismo lo que Lezama y compañía hicieron con el culteranismo: ir a buscar en lo viejo nuevas formas de la torsión poética. El resultado: un libro extraño, bello, atípico; un libro escrito a contramano, no sólo de los clisés formales y temáticos en los que parece haberse quedado dormida mucha de la poesía de los noventistas, sino del lamborghiniismo que rezumaban los libros anteriores de Molle, *El despertador y el sordo* (1995) y *La revoltija* (1999). Un libro que, sin perder el humor, la ironía —aunque aquí, mucho más sesgado: "Poema repetir, poeta arruina;/ tipeo, si no imanta, molde oprime,/ y a gran bostezo amarra su albedrio"—, vuelve constantemente sobre sus pasos para hablar de sus cualidades, de sus funciones, y elaborar a la pasada, con fingido candor, una firme preceptiva: "De clásico legado, en piedra eterna,/ su filo preservar, el libro debe; /abrir los intersticios de la lengua/ corrida más acá de la vanguardia". Si: *Del libro* es un libro en abismo, un libro que "sólo es cierto para el libro" (que el lector tiene entre manos). Sin embargo, la parodiada autoconciencia —la intención, el disloque y la "fealdad" programáticos, etc.— que punteaba las voces de los otros libros de Molle parece aquí haberse asordinado. El ritmo ha ocupado su lugar. Ahora es "del poema su mensaje".

Marlano Dupont

56 páginas.



©Graciela Montaldo

Interzona

Sergio Chejfec Mis dos mundos

Lejos del romanticismo viajero y del coleccionismo del *flâneur*, el recorrido del nuevo libro del autor de *El aire* es una exploración errante por la experiencia del sentido.



Extraño relato de viaje, hecho de lentas e hipnóticas mezclas de lugares y de tiempos, *Mis dos mundos* es una variación del extenso viaje quieto que Sergio Chejfec, el autor de *El aire* y de la extraordinaria *Baroni*: un viaje, viene ensayando a lo largo de una obra cada vez más concentrada, más vuelta sobre sí misma, más singular. Se trata de un espacio que no existe más allá de las trayectorias que lo atraviesan; un mundo que se despliega a medida que una escritura artesanal, lúcida e imprecisa a la vez, lo recorre con palabras que se empeñan en llamar —en evocar, en hacer venir, en traer a la página— a las cosas por su nombre.

Mis dos mundos tiene la forma de una caminata por senderos que se bifurcan. Todo comienza desdoblado un mapa, con un nombre y una mancha verde sobre el plano de una ciudad desconocida, al sur de Brasil, por donde camina un escritor en vísperas de su cumpleaños. Adicto al vagabundeo, a la aventura lenta de andar a pie por calles desconocidas, el narrador pone un cuaderno, un libro, una lapicera, un documento de identidad y una cámara en su bolso y sale en busca no de la selva amazónica sino de un parque —esos lugares separados, de abandono y soledad, franja de

una naturaleza paralela donde el entorno urbano queda suspendido y la persona "se ausenta, se convierte en nadie y ella misma termina siendo imprecisa". Caminar por el parque de una ciudad desconocida es lo más indicado para la observación y la reflexión, pero los paseos del narrador de Chejfec se apartan de los senderos del caminante romántico, tan repleto de sí mismo, o del *flâneur* moderno, siempre a la caza del objeto fugaz que se pierde en la multitud. No es la busca de novedades, ni la ilusión de autonomía, ni el ansia de revelaciones lo que marca una deriva que no busca ni encuentra nada del otro mundo, nada que no sea alcanzar ese vacío de voluntad, ese estado de disponibilidad y de mente en blanco que pone en marcha un mecanismo deambulatorio que, sin metáforas, constituye una escritura. Una suerte de escritura automática de un cuerpo desdoblado y olvidado de sí mismo, que se desvía por senderos laterales, deslizándose caprichosamente de una cosa a otra, reagrupando las cosas en mundos que se hacen y deshacen según encadenamientos volátiles de la memoria y de la percepción en los que una cosa llama a la otra, sin que ningún sentido dure lo suficiente como para asentarse y quedar fijado en un lugar. No hay disyuntivas para una escritura que a fuerza de desdoblarse, de desviarse y de perderse, explora la experiencia del sentido —una escritura donde los mundos de la inmovilidad y de la acción, de lo vivido y de lo imaginado, del pasado y del presente, de lo real y lo virtual, del pensamiento y de la escritura, se afirman a la vez.

Fermin Rodríguez

124 páginas.

Paula Pérez Alonso

Fragil
(Seix Barral)



El tercer libro de Paula Pérez Alonso se inserta en la tradición novelesca del personaje opaco, gris, que se cruza con una

mujer que lo disloca y hace que sus certezas se resquebrajen. Bruno es un especialista en sistemas al que "las personas y las cosas no lo sorprendían". Un día ve en la calle a Celeste, que tiene todo para cautivarlo: la pálida fragilidad y el rostro hermoso de una mujer subida a unos zancos repartiendo volantes en pleno centro de Buenos Aires. El volante que distribuye Celeste es algo enigmático, y tiene frases como "¿Vale la pena estar vivo si uno no es libre?". Así, en la búsqueda de Celeste, a quien pronto encontrará y con la que establecerá una relación entre lo confesional y lo imposible, Bruno se sumerge poco a poco en ese mundo de la "liberación personal" que prometía el volante. La novela entonces empieza a discurrir por un registro mestizo que conjuga el realismo cotidiano con la sensación algo paranoica y hermética de las sectas y los grupos cerrados. La fragilidad a la que alude el título se puede entender de varias maneras: como la caparazón del olvido que se va descascarando lentamente y que le permite al personaje revisar un pasado de violencia familiar y otros traumas, como el anonimato y el azar de las personas solas en los tiempos de las grandes multitudes, o directamente como un modo de posicionarse ante la idea de lo endeble a la hora de narrar una historia de lo cotidiano en la literatura moderna. Así, *Fragil* cuenta una historia de vida con su propio lenguaje, y urdiendo su propia estructura literaria. "Un thriller psicológico con ritmo de policía", dijo la autora. Lo cierto es que a más de diez años de su debut con *No sé si casarme o comprarme un perro*, que ya lleva vendidos más de sesenta mil ejemplares, la de *Fragil* es una apuesta que apunta a tramarse, a Pérez Alonso, un nuevo recorrido para su obra.

Mauro Libertella

230 páginas.